

6739

000 199 950

6739

Santiago

P. C. 13.

0299

EL MERCURIO — Domingo 1.º de Febrero de 1987

CRÍTICA DE TEATRO:

'La Mano y la Gallina'

● Dos aniquilamientos inconcebibles: una soterrada crítica.

Una forma de paliar la escasez dramática en nuestro país es, por un lado, volver continuamente a reestrenar obras que en su momento, por determinadas circunstancias, tuvieron una aceptación mayoritaria del público. Esto, además, plantea un desafío en la concepción del montaje —suponiendo que, para bien o para mal, han existido cambios en la valoración global del mismo— por el eterno problema de la vigencia del producto artístico y su aceptabilidad en un medio que, en estos últimos años, ha experimentado notables transformaciones. A partir de esto, obras como *La mano y la gallina* (Fernando Jousseau), reestrenada en la sala El Ángel, pueden valorarse en una significación que va más allá de la obra en sí: en este caso específico, la obra de Jousseau se constituyó en una de las obras teatrales de mayor permanencia en el año 1974, a pesar de que su humor y su concepción dramática llegan al límite, con una sutileza demostrativa de un buen manejo de la escritura, de un absurdo que puede degenerar en la incomprensión más radical de lo que se proyecta en el escenario.

La mano y la gallina está conformada por dos breves piezas teatrales, las cuales tienen un subtítulo común: "O las alegres tragedias de la calle Cipreses". Independiente de que ambas historias ocurran en la misma calle Cipreses, lo que es un hecho secundario, es necesario constatar lo paradójico del subtítulo, "alegres tragedias", en consonancia con la forma en que las dos historias son resueltas. De alguna manera, esto viene a confirmar una línea temática afín en Jousseau, una línea muy cercana a un teatro del absurdo cuya principal característica sería, en este caso, apropiarse de situaciones dramáticas en un contexto social determinado para auscultar en profundidad, a través de relaciones aparentemente ilógicas y desprovistas de sentido, las motivaciones que dan cuenta de las conductas de los diversos personajes.

En la primera historia, asistimos al progresivo aniquilamiento físico, hasta su posterior asesinato, de un viejo solitario (viudo hace cinco años): en efecto, un día cualquiera, Benigno Zeta Valddivia decide ir al teatro a ver una adaptación de "El proceso" de Kafka, ante lo cual saca una mano por la ventana con el objeto de saber si llueve o no; sorprendentemente, "alguien" le corta la mano. La acción dramática comienza cuando el inspector de policía interroga al infortunado hombre para interiorizarse de los móviles que pudieron motivar tal hecho criminal. A partir de ese momento —y durante todo el transcurso de la pieza— el papel prota-

nico será asumido con plenitud por el inspector, aduciendo razones y sinrazones para justificar —y justificarse— la inoperancia del sistema policial y, más que nada, la burocratización de un sistema que debiera organizarse de una forma muy diferente a la que se vislumbra en escena. A pesar de que "toda la policía del mundo ha estado preocupada de su mano", no se descubre el paradero de ella (el inspector insinúa que pudo ser llevada al extranjero, con el fin de cometer un crimen en una ciudad lejana) ni menos del causante del hecho; más aún, veinte días después le cortan la otra mano, y dos semanas más tarde, la cabeza. La situación en sí es algo más que macabra y tenebrosa; alcanza incluso un tono delirante. Estos calificativos que nos merece el planteamiento de la situación dramática, vienen reforzados por la actitud del inspector de policía, pues constantemente resalta en él acciones —muy bien acompañadas por sus nerviosos desplazamientos en torno al victimario— que dan a entender la presencia de una serie de desequilibrios síquicos. De alguna forma, este hecho puntual no es más que una posibilidad —como tantas otras— que tiene el inspector para exhibirse, en una dialéctica conformada por un concentrado barroquismo, y dar rienda suelta a sus habituales sarcasmos, haciendo de por medio gala de un extraño humor negro como cuando, por ejemplo, le pregunta a Benigno si conoce el concierto para la mano izquierda, de Ravel, pues en ese momento aún conserva dicha mano.

En la segunda historia, también asistimos a un aniquilamiento, aunque ahora con un más marcado tono patético, por las circunstancias y la forma del planteamiento escénico: la supuesta estabilidad de un matrimonio de clase media, con quince años de casados, queda un día a mal parar cuando ella, en primer lugar, es atacada en la calle por un vecino, el profesor Lamertier, y, posteriormente, cuando el marido ha ido a la casa del profesor a pedirle explicaciones, es violada en su propio living (muy al estilo georgiano) por Lamertier. Sin dejar a un lado lo sintomático que es ahondar en las razones que pueda tener una eminencia, como lo es el profesor Lamertier, incluso Premio Nobel en su especialidad, para realizar tales "exabruptos manuales", en el fondo dicho personaje está al servicio de un cuestionamiento aún mayor, un cuestionamiento, en lo general, del matrimonio como institución y, en lo particular, de la poca capacidad que tiene el marido para asumir en una forma conveniente la problemática planteada, ya que no da fe a lo que su esposa le cuenta aterrorizado por el te-



Tennyson Ferrada en una escena de "La mano y la gallina".

mor a enfrentarse con la verdad. El final es grotesco: el marido se ha transformado en gallina y muere al dispararse el arma con la cual iba a vengarse; ella, a su vez, al comunicarse con la policía es bastante explícita: "Comuníqueme con el inspector Priestley por favor (...) han asesinado a una gallina".

Jorge Álvarez tiene a su cargo el papel del inspector y del profesor Lamertier, respectivamente. Por la conformación de las historias, resalta mucho más en el primer personaje, dándole a cada acción y a cada gesto el tono adecuado para proyectar sus manías y sus desbordes impulsivos y frenéticos; llena el espacio con sus movimientos portadores de preciosos significados, en un estado casi de tensión que le permite matizar diversos comportamientos. Por su parte, Tennyson Ferrada es Benigno Zeta y el marido-gallina: en el primer caso, sólo sirve su presencia para facilitar el histrionismo del inspector, en una actitud entre bondadosa (muy a tono con el nombre del personaje) e incrédula; en el segundo caso, va entregando a un personaje que, a lo largo de la representación, va cambiando progresivamente su accionar, a pesar de lo sintético de la historia. El papel de esposa es asumido por Muriel Cornejo; por momentos, su personaje es poco creíble, ya que carece de fuerza dramática su desplazamiento arriba del escenario; en todo caso, quizás dicha actitud pueda obedecer a lo poco creíble de la historia en sí. La escenografía (muy simple en el primer caso y de sobria elegancia en el segundo) y la dirección de la obra se ajustan a dar énfasis al protagonismo de los personajes.

La mano y la gallina condensa en breve tiempo dos historias tremendistas, con mucho de absurdo, de humor negro y con la necesidad de encontrar a un público dispuesto a aceptar una propuesta de este tipo.

Eduardo Guerrero

La mano y la gallina [artículo] Eduardo Guerrero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guerrero del Río, Eduardo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La mano y la gallina [artículo] Eduardo Guerrero. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile